

Un *thriller* sobrecogedor que nos transporta
a las entrañas de Auschwitz



EL ELEGIDO

ANDREW GROSS

mñ

ANDREW GROSS

EL ELEGIDO

Traducción de
Rogelio Alejandro Romero Álvarez

m̄r

Título original: *The One Man*

© Andrew Gross, 2016

© por la traducción, Rogelio Alejandro Romero Álvarez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con

Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Primera edición: enero de 2019

ISBN: 978-84-270-4535-4

Depósito legal: B. 29.632-2018

Composición: David Pablo

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Abril de 1944

El ladrido de los perros se oía cada vez más cerca, ya debían de estar a unos pocos metros de distancia.

Los dos hombres se abrían paso entre rasguños por el espeso bosque polaco de noche, aferrados a la orilla del río Vístula, a unos cuantos kilómetros de Eslovaquia. Sus cuerpos debilitados clamaban de agotamiento, no resistirían mucho más. Su vestimenta estaba andrajosa y sucia; se habían deshecho ya de los zuecos mal ajustados que llevaban, los cuales resultaban inútiles en el espeso bosque, y su hedor era más parecido al de un par de animales cazados que al de dos hombres.

Pero al fin la persecución había terminado.

—*Sie sind hier!* —Oyeron los gritos en alemán detrás de ellos. «¡Por aquí!»

Durante tres días y tres noches habían permanecido escondidos bajo las pilas de madera que se hallaban en la parte exterior de la alambrada que rodeaba el campo. Asimismo, habían ocultado su olor de los perros utilizando una mezcla de tabaco y queroseno. Oían el sonido de las botas de los guardias al pasar junto a ellos, a unos centímetros de ser descubiertos y arrastrados de vuelta hacia una muerte inimaginable para cualquier hombre, incluso en ese lugar.

Entonces, la tercera noche, habían salido a rastras de su escondite, ocultos por la oscuridad. Viajaban sólo de noche y robaban los restos de comida que hallaban en las granjas que encontraban en su camino:

nabos, patatas crudas y calabacines. Los devoraban como animales famélicos. En todo caso, era mejor que la bazofia con que los habían mantenido vivos a lo largo de los últimos dos años. Como sus cuerpos ya no estaban acostumbrados a ingerir sólidos, solían vomitar. Alfred se había torcido el tobillo el día anterior y ahora trataba de seguir adelante renqueando.

Pero alguien los había visto. Unos cientos de metros más atrás habían oído a los perros y los gritos en alemán, que sonaban cada vez más cerca.

—*Hier entlang!* —«¡Por aquí!»

—¡Vamos, Alfred! ¡Rápido! —exhortaba el más joven a su amigo—. Tenemos que seguir avanzando.

—No puedo. No puedo. —De pronto, el hombre que cojeaba tropezó y cayó por un terraplén, con los pies ensangrentados y en carne viva. Se quedó allí sentado, al borde del agotamiento—. No puedo más. —Los gritos se oían de nuevo, más cercanos esta vez—. ¿Qué más da? Se acabó. —La resignación en su tono de voz confirmaba lo que ambos ya sabían en el fondo: la suya era una causa perdida. Habían sido derrotados. Habían llegado tan lejos; sin embargo, estaban a unos cuantos minutos de ser alcanzados por sus perseguidores.

—Alfred, tenemos que seguir —insistió su amigo.

Corrió por la pendiente y trató de levantar a su compañero de fuga, quien, pese a que estaba en los huesos, parecía un peso muerto.

—Rudolf, no puedo. Da igual. —El hombre herido permaneció allí sentado, totalmente vencido—. Tú sigue adelante. Toma... —Le entregó la bolsa que llevaba. Contenía la prueba que necesitaban para salir de allí: hileras de nombres, fechas y mapas, la prueba irrefutable de los crímenes atroces que el mundo debía conocer—. ¡Vete! Les diré que te perdí de vista hace horas. Así tendrás algo de tiempo.

—No. —Rudolf lo levantó—. ¿Acaso no juraste que no morirías allí, en aquel infierno? Y ¿sólo para dejarte morir aquí?...

Podía verlo en la mirada de su amigo. Lo había visto ya en cientos de miradas en el campo, en los ojos de aquellos que se habían dado definitivamente por vencidos. Miles de ojos.

A veces morir es más sencillo que seguir luchando.

Alfred permaneció allí, respirando con dificultad, casi sonriendo.

—Ahora vete.

Proveniente del bosque, a unos metros de distancia, oyeron un chasquido. El sonido de alguien amartillando un fusil.

Se quedaron helados.

«Se acabó», pensaron ambos a la vez. Los habían encontrado. El miedo hizo que el corazón les diera un vuelco.

Dos hombres emergieron entonces de la oscuridad. Ambos portaban atuendos de civiles y fusiles; sus rostros tenían un aspecto áspero y estaban cubiertos de hollín. Claramente no se trataba de soldados. Tal vez fueran granjeros del lugar. Tal vez los mismos que los habían entregado.

—¿Resistencia? —preguntó Rudolf. El último rayo de esperanza que quedaba en su cuerpo destellaba en su mirada.

Por un instante, ninguno de los dos hombres habló. Uno de ellos se limitó a amartillar su arma. Después, el más grande de los dos, un hombre con barba que llevaba una gorra de caza arrugada, asintió.

—¡Entonces ayúdenos, por favor! —imploró Rudolf en polaco—. Venimos del campo.

—¿El campo? —El hombre observó sus uniformes de rayas sin comprender.

—¡Miren! —Rudolf estiró el brazo y les mostró los números que llevaba grabados en la piel—. Auschwitz.

A juzgar por la intensidad del ladrido de los perros, estaban a punto de alcanzarlos. Sólo faltaban unos metros más. El hombre de la gorra miró hacia el lugar de donde provenía el sonido y asintió.

—Coge a tu amigo y sígueme.

Principios de mayo
Washington, D. C.

Ésa era la primera vez que se lo invitaba a sentarse en compañía de gente tan distinguida, y el capitán Peter Strauss esperaba que, después de lo que tenía pensado proponer, no fuera la última.

Era una tarde de lunes lluviosa, y los ánimos alrededor de la mesa del Despacho Oval de la Casa Blanca eran tan sombríos como el cielo plomizo en el exterior. La noticia respecto a los dos fugitivos, Rudolf Vrba y Alfred Wetzler, había llegado a oídos del círculo de confianza del presidente Roosevelt unos cuantos días después de que éstos hubieran logrado cruzar la frontera polaca rumbo a Eslovaquia.

Strauss era uno de los oficiales más jóvenes a cargo de Bill Donovan; sin embargo, ya era jefe de operaciones de la OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos, y ya que él mismo era judío, sabía que las sospechas de que existían campos nazis de exterminio, y no sólo de trabajos forzados, circulaban desde 1942, cuando se filtraron varios informes provenientes de grupos de judíos europeos acerca de que cien mil de ellos habían sido obligados a abandonar los guetos de Varsovia y Łódź, y probablemente habían sido asesinados. Pero los relatos de primera mano de los dos fugitivos de Auschwitz, sustentados por los documentos que habían sustraído de las oficinas administrativas de los campos, en los que se detallaban nombres, números y los procesos industriales de liquidación en masa, daban crédito a los peores temores en la mente de todos.

Alrededor de la mesa oval, Roosevelt, su secretario de Guerra, Henry Stimson, el secretario del Tesoro, Robert Morgenthau, William Donovan, su jefe de espionaje y cabeza de la Oficina de Servicios Estratégicos, y el ayudante de Donovan, el capitán Peter Strauss, revisaban cuidadosamente el informe y evaluaban su significado. Lo que resultaba aún más preocupante eran las declaraciones de los fugitivos, quienes aseguraban que los campos de exterminio se expandían rápidamente y que el ritmo de las ejecuciones masivas por medio de asfixia con gas se había incrementado. Miles de prisioneros eran liquidados sistemáticamente cada semana.

—Y éste es solamente uno de los muchos campos de exterminio que existen —declaró sombríamente Morgenthau, quien también era judío y cuya prominente familia de banqueros de Nueva York había procurado que los relatos de los fugitivos llegaran a manos del presidente—. Los informes sugieren que hay muchas docenas más. Hay familias completas que son enviadas a las cámaras de gas tan pronto como llegan. Incluso pueblos enteros.

—Y ¿cuáles son nuestras opciones, caballeros? —Un desalentado Franklin D. Roosevelt observó a todos los presentes en la mesa. Un tercer y sangriento año en guerra, la preocupación por la invasión que se avecinaba, la decisión de postularse para un cuarto mandato y el avance de su enfermedad incapacitante habían hecho estragos en él, pero no habían logrado debilitar su tono combativo—. No podemos quedarnos sentados y permitir que sigan suscitándose estos actos inadmisibles ni un minuto más.

—El Congreso Judío Mundial y la Junta de Refugiados de Guerra nos suplican que bombardeemos el campo —aconsejó el secretario del Tesoro—. Simplemente no podemos seguir de brazos cruzados más tiempo.

—Y ¿qué lograríamos exactamente con eso? —preguntó Henry Stimson, quien había servido durante el mandato de dos presidentes anteriores a Roosevelt y había dejado su retiro para administrar los esfuerzos de guerra en el país—. Sólo matar a muchos prisioneros inocentes. Nuestros bombarderos apenas pueden ir y volver con una carga

completa. Sufriríamos pérdidas considerables. Y bien sabemos que vamos a necesitar todos y cada uno de esos aviones para lo que viene.

La fecha era mayo de 1944, se habían infiltrado rumores, incluso hasta los rangos de Strauss, acerca de los preparativos finales que se llevaban a cabo para la próxima invasión de Europa.

—Entonces, al menos podríamos arruinar sus planes y bombardear las vías del tren —sugirió Morgenthau, quien estaba desesperado por convencer al presidente de tomar las medidas necesarias—. Los prisioneros son transportados hasta allí en trenes cerrados. Cuando menos, con eso lograríamos desacelerar el ritmo con el que se llevan a cabo los exterminios.

—¿Bombarderos volando sobre Europa de noche y lanzando ataques de precisión en vías de tren? Como usted dice, hay muchos de esos campos, ¿no es así? —repuso Stimson, expresando así su escepticismo—. Señor presidente, me parece que lo mejor que podemos hacer por esas pobres personas es llegar hasta ellas y liberarlas lo más rápido posible. No patrocinar ataques mal planeados, desde mi punto de vista.

El presidente tomó aire y se quitó las gafas de montura metálica; los profundos surcos alrededor de sus ojos reflejaban el aspecto pálido de un hombre en conflicto. Muchos de sus amigos más cercanos eran judíos y le exigían que se tomaran acciones. Su mandato había introducido más judíos en el gobierno que ningún otro anterior. Y, como un ser compasivo y humano que siempre buscaba brindar esperanza y elevar al hombre común, sentía más rechazo por el informe de atrocidades que acababa de leer que por cualquier otro que hubiese pasado por su escritorio durante la guerra, incluso más que por la trágica pérdida de vidas estadounidenses en las playas del Pacífico o la desaparición de tropas en el mar, camino de Inglaterra.

Sin embargo, Roosevelt era realista y sabía que su secretario de Guerra tenía razón. Había demasiados asuntos por delante, todos ellos de suma importancia. Además, los grupos antijudíos seguían teniendo fuerza en el país y, pensando en ganar unas cuartas elecciones, los informes sobre bajas en el ejército por tratar de salvar predominantemente vidas judías no serían muy bien recibidos.

—Bob, sé lo duro que es esto para ti. —Colocó su mano sobre el hombro de su secretario del Tesoro—. Te aseguro que es duro para todos nosotros. Lo que nos lleva a la razón por la que estamos aquí reunidos esta noche, caballeros. Nuestro proyecto especial. ¿Catfish, se llama? —Miró al líder de la OSS, el coronel Donovan—. Dime, Bill, ¿tenemos alguna esperanza real de que este proyecto siga adelante?

Catfish era el nombre conocido sólo por algunos para la operación encubierta que Strauss tenía a su cargo, la cual consistía en sacar de contrabando a un individuo en particular de Europa. Un judío polaco, quien, según los hombres de Roosevelt, era vital si querían ganar la guerra.

Desde 1942 se sabía que a los portadores de ciertos documentos de identidad latinoamericanos se les otorgaba un trato especial en Varsovia. Durante varios meses, a cientos de judíos polacos y holandeses se les habían emitido documentos falsificados de Paraguay y El Salvador para lograr salir de Europa. Muchos habían llegado hasta el norte de Francia, donde eran recluidos en un campo de internamiento en la localidad de Vittel mientras sus casos eran analizados por escépticos funcionarios alemanes. Por mucho que los nazis dudaran de la autenticidad de esos papeles, no podían permitirse el lujo de enfadar a los países latinoamericanos neutrales, cuyos regímenes autoritarios, de hecho, simpatizaban con su causa. La manera en que estos refugiados en particular habían logrado adquirir dichos papeles, que se compraban en secreto a través de emisarios antinazis en las embajadas paraguayas y salvadoreñas de Berna, así como su dudosa procedencia, había sido siempre un asunto turbio. Lo que tampoco resultaba claro era cómo los contactos que simpatizaban con Estados Unidos se las ingeniaban para llevarlos hasta las manos del mismísimo sujeto que trataban de sacar a escondidas (alias *Catfish*) y su familia. Durante un tiempo, las perspectivas parecían esperanzadoras. En dos ocasiones se había logrado arreglar un transporte que los sacara de Europa, por Holanda y Francia. Sin embargo, los alemanes habían bloqueado su salida en cada ocasión. Luego, tan sólo tres meses antes, un informante de Varsovia había sacado a la luz los presuntos orígenes de los

papeles, y ahora el destino de todos los judíos de Vittel, incluido el de aquel a quien deseaban con tanta desesperación, estaba por completo en el aire.

—Me temo que nos hemos topado con un obstáculo, señor presidente —dijo Donovan—. Ni siquiera estamos seguros de que esté ahí.

—Y, si lo está, no sabemos si aún sigue con vida... —añadió Stimson, el secretario de Guerra—. Hemos perdido todo contacto con la situación.

Los emisarios que habían difundido los documentos habían sido arrestados y se encontraban ahora en prisiones nazis.

—Me dicen que todavía necesitamos a ese hombre. A toda costa. —El presidente se dirigió al secretario de Guerra—. ¿Eso sigue siendo cierto?

—Como a ningún otro —aseguró Stimson—. Casi lo logramos en Rotterdam, incluso habíamos reservado un transporte. Pero ahora... —Sacudió la cabeza sombríamente, cogió su pluma y señaló un pequeño punto en el mapa de Europa que se encontraba en el atril, junto a la mesa de negociaciones.

Un lugar llamado Oświęcim. En Polonia.

—¿Oświęcim? —Roosevelt se puso de nuevo las gafas.

—Oświęcim es el nombre polaco para Auschwitz, señor presidente —dijo el secretario de Guerra—. Que, a la luz del informe que acabamos de leer, es el motivo por el que todos estamos aquí.

—Ya veo —asintió el presidente—. ¿Así que ahora es uno más de los cinco millones de judíos sin rostro que han sido sacados de sus hogares a la fuerza en contra de su voluntad, sin papeles y sin identidad?

—Y tampoco sabemos cuál será su destino... —terció Morgenthau, el secretario del Tesoro, sacudiendo la cabeza con seriedad.

—Es el destino de todos nosotros el que está en juego, caballeros —dijo Roosevelt mientras apartaba su silla de ruedas de la mesa—. Y ustedes están aquí para decirme que hemos hecho todo lo posible para encontrar a ese hombre y sacarlo de ahí, y que ahora está perdido. Nosotros hemos perdido.

El presidente rodeó la mesa. Por un instante, nadie respondió.

—Tal vez no hayamos perdido del todo, señor. —El líder de la OSS se inclinó hacia delante—. Mi colega, el capitán Strauss, ha analizado la situación detenidamente y cree que podría existir una última opción...

—¿Una última opción?

La mirada cansada del presidente se enfocó en el joven ayudante.

—Sí, señor.

El capitán tenía la apariencia de un hombre de unos treinta años; también parecía haber comenzado a perder algo de cabello, tenía la pinta de un graduado de la Escuela de Derecho de Columbia. Un joven bastante inteligente, según le habían dicho a Roosevelt.

—Muy bien, hijo, tiene toda mi atención —anunció el presidente.

Strauss se aclaró la garganta y miró a su jefe una última vez. Luego abrió su carpeta.

—Adelante —le dijo Donovan asintiendo—. Cuéntele su plan.